

En la taxonomía estándar de formas de la historia escrita las *Crónicas* y *Memorias* ocupan cómodo lugar en cualquier catálogo de fuentes. De género próximo y diferencia específica, según la fórmula aristotélica, son sus parientes pobres, *Diarios* y *Confesiones*, más cercanos a la literatura que a la historia porque atañen más a la esfera personal que a lo colectivo, a los conflictos del alma y no al mundo exterior. Claro, hay diaristas de todo cuño y temple. Algunos entrelazan sus avatares con los de la sociedad de su tiempo, como John Evelyn con la restauración de la monarquía inglesa y los gobiernos de Carlos II y Jacobo II o el admirable e inigualado *Diary* de Samuel Pepys, elegante y vivaz, cuya prosa cautiva y se lee con fruición. O el fascinante *Journal* de los hermanos Goncourt, en que desfila la Francia literaria de la segunda mitad del XIX. Los más meticulosos se valen de la cronología como de un *container* y en ella, por plazos y fechas contadas, embuten sucesos baladísticos y migajas históricas, vgr. el Joseph Suardo o los Mugaburu de nuestra Lima virreinal, cuyos nimios apuntes revelan espíritu chapucero de coleccionista y comodona virtud de cajón de sastre: asombra, por ejemplo, el celo policíaco por fijar el día exacto y la hora precisa en que el irascible marido de Juanota, la farsanta, trató de matarla con una escopeta acusándola de mancebía con un regidor! O el esmero en consignar, calendario en mano, la merienda “muy buena e aseada” con que los padres jesuitas agasajaron al virrey en la chacarilla del Noviciado!

De más noble rango y más exquisita vanidad son diaristas que se abocan al autoexamen sin miedo al peligro de un desborde pasional o turbador, como el pungente *The Journal to Stella* de Jonathan Swift, el *Journal* de André Gide, el de Katherine Mansfield, el *Diary* de Virginia Woolf, que caen de lleno en cotos literarios. Mas, aparte el placer de su lectura, libros como la *Historia calamitatum* de Abelardo, los *Comentarios* o memorias de Aeneas Silvius Piccolomini, Pío II, las *Confesiones* de Heinrich Heine destruidas en parte por sus parientes, los *Fragments d'un*

I Memorias

DE MEMORIAS Y DE CRONICAS

Carlos Aranibar

Las épocas de agitación social y violencia, clivaje profundo y cambio acelerado son fértiles en testimonios escritos que fluctúan en vaivén entre lo histórico y lo literario. En el caso peruano son ejemplos de fractura la invasión europea del siglo XVI, que cegó el desarrollo andino autónomo, y la guerra de independencia política del XIX, que dio fin al estatuto colonial. Aquella nos dio crónicas. Esta, memorias. Ambos caudales de información, de comienzo y término del dominio español, se ajustan a moldes y estilos retóricos de sus respectivas épocas. Faltos de un divortium aquarum que distinga contenidos y formas cupiera incluirlos en un campo neutro, común a la literatura y a la historia. En estas notas, ojalá no demasiado fútiles, trazaré perfiles de ambos géneros tocando a vuela pluma los memorialistas y luego los cronistas de los siglos XVI-XVII.

journal intime del suizo Henri-Frédéric Amiel, las añejas *Confesiones* de san Agustín o las del último y atormentado J.J. Rousseau al filo de la penumbra paranoica –y tantos ejercicios de egohistoria menuda que una moda reciente lanza al ruedo a cada paso– se agotan en tersas imágenes y delusiones subjetivas que, por

y la fantasía del escritor difrazan de recuerdos legítimos (“Y es que en el mundo traidor / nada hay verdad ni mentira. / Todo es según el color / del cristal con que se mira”, rimaba Campoamor). Pero hay memorias literarias y las hay políticas. Las primeras suelen ser amenas, como los recuerdos de Ricardo Palma

Las memorias político-militares, siempre apologéticas, son de índole más áspera y sus autores cultivan el tono persuasivo y documental, vgr. las de cualquier general de las guerras napoleónicas, o las del propio Napoleón dictadas en la prisión de Santa Elena, las de Luigi Settembrini para las luchas por la unidad

“La crónica es encomiástica, triunfal, vive el presente y sin segundos temores se abre al porvenir. La memoria, ególatra, vive de espaldas al futuro, tiene de revanchismo y de denuncia y al escarbar el pretérito halla culpables en cualquier rincón. La crónica es concisa, huye de la prolijidad y pide difusión inmediata porque se dirige a sus coetáneos, la memoria, como calculada filmación al ralenti, se explaya hasta la monotonía y repudia urgencias porque es un legado a la posteridad.”

su involuntario candor, mucho enseñan sobre la psicología del informante y apenas dejan intuir, en abortado esbozo, esa mágica espiral que vincula al individuo con su entorno y su época y que es, que debería ser, corazón y médula de crónicas y memorias.

MEMORIAS

La viga maestra del género confesional es de la misma madera que algunos excesos de la anamnesis freudiana. Como ella, soporta constructos que el subconsciente

(*La bohemia de mi tiempo*), de Miguel Cané (*Juvenilia*), de Alejandro Dumas (*Mémoires*), de Simone de Beauvoir (*La force de l'âge*), de Ilya Erenburg, de André Malraux (*AntiMémoires*) o de Gabriel García Márquez o las autobiografías de Stendhal (*Vie de Henry Brulard*), de Arthur Rubinstein (*My young years*), de Charles Chaplin (*My autobiography*). Hay ejemplos más nuestros, como esas páginas evocativas de Jorge Basadre (*La historia y la vida*, Lima, 1975) y del incanista Luis E. Valcárcel (*Mis Memorias*, Lima, 1981).

de Italia (*Ricordanze della mia vita*), de Beatrice Webb para el fin de la edad victoriana y la historia de la sociedad Fabiana y el laborismo (*My Apprenticeship*) o de Winston Churchill para la última gran guerra. Por lo común, el estilo confidente suscita recelos en el lector acucioso y evoca el artificio de memorias maquilladas o hechizas en que el contador nunca hace mutis, como en las autobiografías galanas de Benvenuto Cellini y del policía-ladrón François Vidocq o en las andanzas donjuanescas que se atribuyen

el veneciano Giacomo Girólamo Casanova o el irlandés Frank Thomas Harris, que la prensa sajona censuró a principios del XX. Con obras así no andamos ya muy lejos de la novela-memoria, género anfibio de lindes vagos y móviles entre la realidad y la ficción, en que alínean sin esfuerzo cien autores disímiles, Beaumarchais o Coleridge, Casós o Tackeray, Vidaurre o Pellico, de Quincey o Carlyle, Renan o Cocteau, Sartre o D'Annunzio, Bernanos o Barea, Proust o Neruda, cada vez a menor distancia de pseudomemorias de vidas más o menos verosímiles como las del *Gil Blas* de Alain-René Lesage, del *Adriano* de Marguerite Yourcenar, del marqués de *Bradomin* de Valle Inclán, del *Bomarzo* de Mujica Láinez o del *Alfanbui* de Sánchez Ferlosio que anhela recobrar “esa inmensa memoria de cosas desconocidas”.

En otra atmósfera se da la memoria política como género histórico. Verismo por verismo, mejor desechar animaciones a lo Dumas o a lo Chatrían y Erckmann y conocer la guerra civil inglesa del XVII en la evocación del republicano Edmund Ludlow o en las *Memoirs* de sir John Reresby, las turbulencias de la Fronda en los ambiguos recuerdos del tortuoso cardenal de Retz, las intrigas palaciegas y el oropel cortesano del *roi soleil* –autor, él mismo, de inconclusas Memorias para uso del Delfín– en las pulcras *Mémoires* del duque de Saint-Simón, la Francia de la primera mitad del XIX en las sulfúricas y mordaces *Mémoires d'outre-tombe* de un apologista cristiano, el romántico vizconde de Chateaubriand, la violencia y hecatombe de la 2ª guerra mundial en las *Memoires de guerre* de Charles de Gaulle –vendidas por millones e increíble *best seller* en su día– o en las severas páginas de las *Memoirs* del mariscal de campo Bernard Law Montgomery, el popular ‘Monty’ de El-Alamein. Todas, cabales memorias políticas que respetan la plantilla autobiográfica pero en las que, de improviso y en cualquier instante, se esfuma discreto el narrador y deja paso a una semblanza, un traspicé diplomático, una anécdota, una batalla o pasajes que convocan y comprimen la imagen de un grupo social, un

pueblo, una época, un momento de la historia.

Crónica y memoria política

No es muy ancho el foso que separa crónica y memoria política. En ambas el autor se ubica en un proscenio que de mala gana y sólo por instantes abandona y, con simulado énfasis, a boca llena repite que no se aleja un ápice de la verdad —y esto es harina de otro costal, que nunca estará de más cernir. Crónica y memoria en sus formas arquetípicas conciben la materia prima de la historia como un testimonio personal, mera prolongación de la autobiografía pergeñada desde un primer plano de actor o espectador. Embrión del periodismo futuro, la crónica es la voz de quien narra lo que vio en un pasado reciente en tanto que la memoria, por definición, es evocativa. La una atiende a cosas que ocurren por allí, visión en *zoom* que nos aproxima a hechos y personas casi en movimiento. La otra revive un ayer distante poblado de siluetas y a veces de fantasmáticas, requiere perspectiva y demanda lejanía temporal. La crónica no teme ser ambigua ni el rigor la desvela y despide un como aroma fresco de la acción cercana, la memoria anhela exactitud aún si divaga sobre difusas imágenes de niebla o apiña remembranzas que ya tamizó y modificó el paso de los años. Una tolerable miopía le veda al cronista percibir las ondas largas de la historia, pero no lo priva de su vehemencia y ardor. Cierta presbicia benévola muda en el memorialista la dimensión real de las personas y las cosas, pero no lo cura de su vanidad y su melancolía.

Crónicas y Memorias se reclaman imparciales, objetivas, veraces. Las obsede la utopía eterna del historiador: ser exacto, ser neutral. Pero se echan de ver sesgos y prejuicios mal encubiertos, pues son piezas de apasionada convicción en favor de una tesis apenas camuflada y en vez de ceñirse al precepto de Quintiliano de una historia *ad narrandum* fabrican, sin remedio, sólo una historia *ad probandum*. Al final de las cuentas la crónica y la memoria política son dos formas embozadas de justificación, si bien la primera, áulica y laudatoria, exalta a un protector, un capitán de fortuna,

una orden conventual, una bandería, una casa dinástica, en tanto que la segunda, con fingido desapego del poder, ansía el descargo personal y la vindicación decorosa. La crónica es encomiástica, triunfal, vive el presente y sin segundos temores se abre al porvenir. La memoria, ególatra, vive de espaldas al futuro, tiene de revanchismo y de denuncia y al escarbar el pretérito halla culpables en cualquier rincón. La crónica es concisa, huye de la prolijidad y pide difusión inmediata porque se dirige a sus coetáneos, la memoria, como calculada filmación al ralentí, se explica hasta la monotonía y repudia urgencias porque es un legado a la posteridad. El cronista es figurante bisoño que al subir a escena echa a vuelo las campanas, el memorialista, que en su día fue primer actor, es curtido, estadista baquiano o general retirado, *au-dessus de la mêlée*. La crónica es un lienzo nuevo de pintor con los colores aún húmedos, la memoria es un mural antiguo cuya vejez delatan retoques y fisuras.

Por fin, entre los paradigmas o tipos de la historiografía clásica la crónica es esfuerzo de neófito que seduce por lo

espontáneo y desliza imágenes con la soltura y fluidez de quien divulga noticias desde el lugar y momento en que nacen. La memoria no sabe de actos primos: es un examen discurrido en paciencia, ardua reflexión que se elabora desde un exilio espiritual. En estado puro, la crónica es tanteo garboso y lozana flor de primavera, alba y juventud del género. La memoria es análisis *post facto*, inventario tardío y recuento grisáceo, canto de cisne o rumia de cuartel de invierno, un poco solemne y un poco triste, verdadera jubilación del hombre público.

MEMORIALISTAS DE LA EMANCIPACIÓN

Tuvimos poca fortuna en cuestión de memorialistas sobre la guerra que culminó en Ayacucho el 9-XII-1824. Nos faltan peruanos, aunque sobra copioso material histórico. Hay, sí, memorias de generales realistas que capitularon ante Sucre —esos como Villalobos, Canterac, Monet, que con picardía socarrona la España fernandina rebautizó de 'los ayacuchos' y que más tarde fueron, en el tráfago de las guerras carlistas, valioso capital político y apoyo del re-

gente Espartero. Tales, los descargos y justificaciones de Jerónimo de Valdez, gran táctico cuya decantada probidad no le impidió traicionar a La Serna en el motín de Aznapuquio (*Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, Madrid, 1894-96, 4 vol.), los de Andrés García Camba, de posterior y agitada vida pública en la península (*Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, Madrid, 1846, 2 vol.) o del tozudo José Ramón Rodil, que volvió a su patria con aureola de héroe numantino y llegó a presidente de un Consejo de ministros (*Memoria del sitio del Callao*, Sevilla, 1955).

Es saludable contrastar esos alegatos de exculpación y defensa con los de autores patriotas, vgr. del tucumano Bernardo Monteagudo, monarquista de corazón, hombre de confianza y ministro de San Martín, que murió asesinado en Lima en una oscura callejuela y en circunstancias nunca aclaradas (*Memoria sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú* ..., Quito 1823) y otros testigos de época que pormenorizan los aspectos castrenses de la guerra, como José

Arenales (*Memoria histórica de las operaciones e incidencias de la división libertadora* ..., Buenos Aires, 1832), Jerónimo Espejo (*Apuntes históricos sobre la expedición libertadora*, Buenos Aires, 1867), Rudecindo Alvarado (*Autobiografía*, Buenos Aires, 1910), Manuel Antonio López (*Campaña del Perú por el ejército unido libertador* ..., Caracas, 1843). No hay muchos sudamericanos más.

Memorialistas británicos

Cantera de privilegio, la de los del Reino Unido. Observador pintoresco y agudo, el escocés Basil Hall actuó en el bloqueo de la costa peruana, asistió a la jura de la independencia y nos ha dejado, entre vívidas semblanzas, una notable de la Perricholi, otra del Protector (*Extracts from a journal* ..., Edinburgh, 1824, 2 vol.). William Miller, enamorado de nuestro país, peruano *avant la lettre* y manantial de primer agua para el estudio de la expedición de San Martín que desembarcó en Pisco en 1820, del accionar de las guerrillas patriotas y de las campañas de Junín y Ayacucho, incluye planos militares, consigna animadas descripciones de costumbres locales y mil recuerdos de sus correrías peruanas, como el sensitivo pasaje sobre cierta dama arequipeña que, al compás de una guitarra y con honda tristeza, entonaba un yaraví de Melgar ¡y era Silvia, la musa del desdichado poeta fusilado en 1815 en Umachiri! (*Memoirs ... in the service of the republic of Perú*, Londres, 1828, 2 vol.). Ni cabe prescindir del escrupuloso y metódico Daniel Florence O'Leary, el fidelísimo 1^{er} edecán del Libertador y principal fuente histórica sobre éste, para seguir en detalle la gestión de Bolívar en el Perú y la guerra con la Gran Colombia hasta el insólito fiasco del Portete de Tarqui (*Memorias* ..., Caracas, 1879-88, 32 vol., 3 de relación, 29 de documentos). En otra onda, si bien algo pueriles en algunos trechos, aún el lector exigente hallará solaz en las memorias de Francis Burdett O'Connor, un irlandés jactancioso que según Ricardo Palma, "en las postrimerías de su existencia adoleció de la neurosis de creer el *Deus ex máchina* que manejara a los prohombres". El general O'Connor debió sentirse galán del film: a más de censurar presuntos des-

LIBROS & ARTES

REVISTA DE CULTURA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Sinesio López Jiménez
Director de la Biblioteca Nacional


Nelly Mac Kee de Maurial
Directora Técnica

Luis Valera Díaz
Editor

Diagramación: José Luis Portocarrero Blaha

Secretaría: María Elena Chachi Gambini

Coordinación: Enrique Arriola Requena

 Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

© Biblioteca Nacional del Perú
Lima, 2004
Reservados todos los derechos.

Depósito Legal: 2002-2127
ISSN: 1683-6197

Biblioteca Nacional del Perú - Av. Abancay cuadra 4, Lima 1. Teléfono: 428-7690.
Fax: 427-7331 http://www.binape.gob.pe Correo electrónico: dn@binape.gob.pe

➔ aciertos y mil torpezas tácticas de Brown, Santa Cruz, Gamarra, Necochea, Lara, Miller, Sucre, asume rol de estrategia sagaz y consejero oportuno que salva los trances más difíciles en el campo de batalla, a tal punto que su propia y gallarda figura opaca a la del mismísimo Bolívar (*Recuerdos ...*, Tarija, 1895). Por su lado, la obra de William Bennet Stevenson recoge, a modo de cuadros vivos, estampas de época, ágiles impresiones y coloridos apuntes sobre sucesos del tiempo, como el saqueo popular de la cárcel de la Inquisición limeña en 1812, anécdotas, etopeyas de personalidades e incidencias de la lucha por la emancipación, en que actuó como secretario de Thomas Cochrane, conde de Dundonald y almirante de la escuadra libertadora (*Historical ... Narrative of twenty years residence in South America*, Londres, 1825, 3 vol.). También lord Cochrane en su vejez, al dejar el Perú y después de servir en la independencia del Brasil y en Grecia contra el dominio turco, redactó memorias (*The autobiography of a seaman*, Londres, 1860, 2 vol.). Inspiradas en un amargo y senil despecho, son irritantes y cáusticas y en ellas demasiadas figuras públicas, muy en particular su archienemigo San Martín, resultan agravadas por ironías un tanto burdas, calumnias de bajo tono y acusaciones malévolas, de las que mueven a risa y de las otras, que con malicioso placer acoge y difunde el duradero rencor del combativo octogenario.

MEMORIALISTAS PERUANOS

Hasta aquí todos, según se ve, son extranjeros. Bien resumía el caso mi maestro Raúl Porrás: “sólo puede hablarse, prácticamente, de dos libros de memorias sobre la Independencia escritos por peruanos. Son los de Riva Agüero y Mariátegui”. Tal escasez se debería a “la ausencia de hazañas brillantes o de tareas trascendentales que puedan exhibirse sin el temor de la polémica apasionada, de la responsabilidad póstuma o el turbio rencor político”. Es posible. Con todo y eso, cabe otra explicación adicional.

La guerra en el Perú fue conducida por los generales que llegaron del S con San Martín y del N con Bolívar. En buena medida el gasto ma-

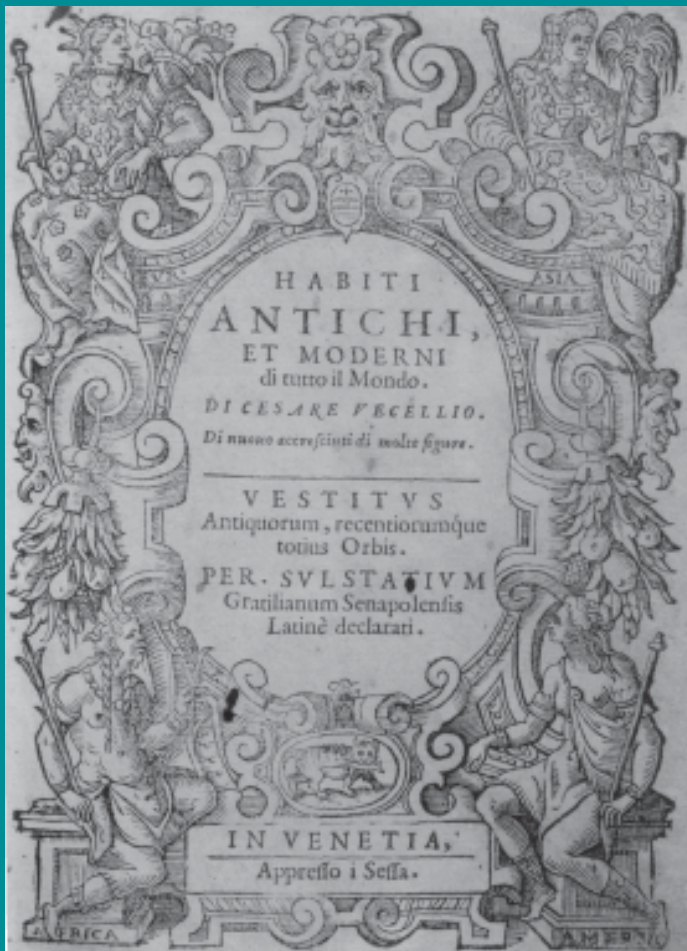
EL LIBRO DE VECELLIO : VESTIDOS DEL MUNDO

Pablo Macera

El libro de Vecellio sobre los vestidos del mundo es un raro texto bilingüe (Latín, italiano) publicado en Venecia por el refinado impresor Bernardo Cessa, cuyo emblema personal (gato que devora un ratón) solía ser en el Quinientos una promesa de exotismo. La parte americana de la obra es parcialmente dibujada y manuscrita.

El libro de Vecellio empieza por una portada que revela el prejuicio europeo hacia otros mundos: en la parte superior aparecen Europa y Asia representados por dos mujeres lujosamente vestidas mientras que, abajo, América y el África son doncellas desnudas. Con sus más de trescientas ilustraciones, este libro fue posiblemente el inventario más exhaustivo del que dispusieron los europeos para tener la ilusión de conocer el mundo entero. Al igual que los libros de Cosmografía, éste sobre los vestidos revela en tono menor la vocación universalista y expansiva de la coyuntura europea comprometida entonces a fondo con aventuras coloniales en casi todo el mundo. Nada comparable parece haber existido en los grandes y viejos países del Asia: India, China, Persia, donde no sabemos que hubiese obras parecidas. Eran grandes civilizaciones muy antiguas, satisfechas de sí mismas, enclaustradas... Nadie falta en el libro de Vecellio: habitantes de Molucas, Dalmacia, China, Japón, Galicia, Bohemia, tártaros, navarros, transilvanos, moros de Barbaria, algún lujoso sultán del Cairo, los indoafricanos y moros negros de Zanzibar y también, textualmente, una “africana de mediocre condición” y hasta, por qué no, una meretriz europea. El repertorio queda completado con personajes semifantásticos como el Preste Juan y su paje. A partir de la pág. 417 hasta el final aparece América con sus habitantes divididos entre los desnudos y los vestidos. A esta última categoría pertenecen México, el Perú y parcialmente La Florida con su rey adornado y la reina desnuda. ¿Cuáles fueron las fuentes de información para Vecellio? ¿Todo fue imaginado? En el caso del Perú hay figuras verosímiles como el noble del Cusco con dos plumas en la frente (¿de Corequenque?) y un fleco a modo de borla.

También dos soldados de guerra con cascos muy realistas y algunas doncellas nobles con el cabello suelto estilado por esa clase social, según Garcilaso. Todo nos insinúa la producción muy temprana de un imaginario americanista del cual no fue obviamente excluido el Perú.



yor lo hicieron las tropas nacionales, reclutadas por igual para el ejército realista y para cubrir las bajas de las fuerzas patriotas: “tropa colecticia y en tres cuartas partes compuesta de peruanos”, decía Palma. Sin embargo los jefes peruanos nunca tuvieron mando pleno y se les arrinconó en jerarquías de segundo nivel –y eso no da tela para cortar Memorias. No más pasado el turbión, en la vorágine del caudillismo la Presidencia de la naciente república fue la piñata de cualquier militar infatuado, las luchas intestinas tuvieron a veces compás de molinete y giros de tiovivo, el poder varió de manos a capricho y casi al tuntún. Muchos de aquellos generales, figurones y mandamases de corto plazo que tras derrocar a un rival eran depuestos por otro, tal vez supusieron que gozar por un rato del botín presidencial era sólida prueba de “hazañas brillantes o de tareas trascendentales”, a juzgar por el alto número de *Exposiciones, Manifiestos, Justificaciones* y *Memorias* que redactaron al verse sacados de la arena y constreñidos a bajar de las alturas. Larga lista hacen aquellas apologías *pro domo*, apasionadas, pugnaces, por lo común de gentes de tercera edad que en su día disfrutaron de enorme poder. Sólo cabe citar de corrido las divulgadas *Memorias* de Luis José de Orbegoso, Francisco Vidal, Rufino Echenique, el dean Juan Gualberto Valdivia, Juan Antonio Pezet, Santiago Távara y, aunque de muy desigual valor, las aún inéditas de Antonio Gutiérrez de la Fuente, Basilio Cortegana o Manuel de Mendiburu. Y hasta las del valetudinario Luis la Puerta, “el general de las cajetas” (de rapé), autor de memorias campechanas e infecundas.

LAS MEMORIAS DE PRUVONENA

Frente a los memorialistas foráneos, el binomio Riva Agüero-Mariátegui hace un naipe muy exiguo. Y, peor, las *Anotaciones* de Francisco Javier Mariátegui (Lima, 1869) son apostillas y enmiendas con que el septuagenario tribuno corregía la plana a la *Historia del Perú independiente* de Mariano Felipe Paz Soldán. Como fuere, de suyo las memorias de Pruvonena (anagrama de Vn Peruano, el seudónimo del 1^{er} Presidente, Mariano José de la Riva Agüero-

ro y Sánchez Boquete, en sus *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*, París, 1858, 2 vol.) son, por desdicha, el modelo peruano por antonomasia. Y, si es poco decir, una parodia hepática de las memorias político-militares en general.

(Hay que precisar algo. El molde historiográfico de Pruvonena y los memorialistas del XIX fue una simple copia del europeo en boga. De 1841 es la leidísima obra de Thomas Carlyle sobre el rol del héroe en la historia, *On Heroes and Hero worship*. Ya lejano el ideario francés de la revolución, fraternal e igualitario, la reacción conservadora que a la caída de Napoleón impuso el Congreso de Viena acentuó el papel del individuo-eje, que iba a llevar hasta sus límites la Inglaterra industrial, la victoriana e imperialista. Nuestros autores de memorias, a la zaga de sus maestros Guizot, Taine o Thiers, no buscaban causas generales del acontecer colectivo y concibieron una historia psicologista en que los responsables de los éxitos y fracasos de una sociedad eran sólo un manejo de individuos descollantes. De ahí el apremio en eximirse de pecado y señalar culpables, apuntando con el dedo a los malos peruanos, esto es, a los enemigos del autor. Por fuerza el corolario devino un empecinado afán de cargar todos los males de la república a la cuenta de la ambición, la torpeza, la venalidad y hasta los caprichos humorales de un puñado de réprobos de la política nacional.)

La tradición insiste en que le ayudaron a Pruvonena los eclesiásticos Mariano José de Arce, primer director de la Biblioteca Nacional, y José Nicolás Garay, éste último elegido rector de San Marcos en 1858. No lo dudará quien revise el discurso que, tras la misa oficiada por Garay en 2-IX-1848, pronunció Arce en la instalación de la *Sociedad patriótica Fraternidad, Igualdad y Unión*. En él queda poco, si algo, del juvenil y osado clérigo que firmó el acta de la independencia, que combatió las tesis monarquistas en el Primer Congreso Constituyente y conoció el destierro por sus ideas. Su acerba crítica a los hombres del ayer, a la acción de Bolívar, al liberalismo en boga, a la pérdida del respeto a la Iglesia, a la disolu-

ción de las costumbres republicanas, trasciende al anciano canónigo y revela el cansancio espiritual de una generación que se sintió defraudada por la realidad.

El ápice de ese atardecer sombrío son las *Memorias* de Pruvonena. El segundo volumen incluye los documentos en que el autor apoya acusaciones y cargos, el primero es difícil de encasillar. Claro, es evocación, pero es también diatriba y escrito difamatorio. Unamuno observó que la revolución en Hispanoamérica creó el panfleto político. El de Pruvonena es un panfleto gigante que nada envidia a los pasquines de época, efímeras armas políticas de propaganda y ataque. “Insensato y calumnioso libelista”, lo llamó el liberal Santiago Távara, que alude con sorna a ese Gran Mariscal “que nunca supo de qué lado se llevaba la espa-

tan feroz entusiasmo que en el naufragio verbal se hunde con todo el barco. Nadie se salva, nada queda en pie. La saña de Pruvonena no se cuida mucho de distingos y arremete contra todos. Contra todo. Su corrosiva pluma convierte a la guerra por la libertad y a sus fautores en un caricaturesco retablo de maese Pedro que destruye a trompicones sin dejar títere con cabeza. Monteagudo, San Martín, Bolívar, La Mar, Gamarra, Santa Cruz, la Fuente, Salaverry, nadie se libra. Ni la Mariscal, a la que reputa de Mesalina peruana ... No es larvada animadversión que intenta salir de madre, es virulencia que se zafa de control, odio persistente que ha quebrado cauce y mesura y asombra la tremenda fijación de tantos rencores antiguos que la vejez actualiza y renueva.

En resumen. Pruvonena

“Nuestros memorialistas, atrabiliarios y sañudos, ganados por el pesimismo y la acedia, exagerados en sus incriminaciones, a ratos lacrimosos y casi protestones de oficio, nos hacen ver que algo más hondo estuvo en juego: la disolución paulatina de los ideales libertarios, el desánimo por el fracaso de una empresa colectiva.”

da”. Se cuenta que, irritado por su hipocresía, le dijo San Martín que “cuando diera cuenta a Dios de su conducta en el ejercicio del poder la única falta de que le pediría perdón era de no haberlo fusilado”. Ni fue muy popular en su tiempo y desde el motín de Balconcillo, primer cuartelazo en la historia republicana, el pueblo lo llamaba *nuevo-guero*. Por su lado, los modernos historiadores también carga la tinta. Basadre alude a “las tremendas Memorias de Pruvonena a favor de la monarquía y de la intervención extranjera para salvar al Perú, perdido con la República y sus hombres; libro que es libelo más que panfleto”. Porras las califica de “libro amargo, rencoroso y recriminatorio”. Sánchez, que las ve “sumamente hostiles y hasta insultantes”, juzga a su autor como uno de los hombres más intrigantes que ha habido en el Perú.

El caso es uno sin remedio. Concedámosle el beneficio de la época y admitamos que Riva Agüero se atiene al modelo de historia psicologista. Pero él, por su cuenta y riesgo, hace el estropicio con

es una mala parodia del memorialista porque exhibe todos sus defectos y ninguna de sus virtudes. Es, sin duda, del género quejoso. Pero su caso apunta a otro más general: la frustración de los hombres que fundaron la república.

UNA GENERACIÓN DESENGAÑADA

Típicos de un autor de memorias político-militares son el tonillo de queja y desencanto que los años acumulan, el pesimismo que la edad de la contemplación suele imprimir al espíritu cansado. Si para el común de las gentes “cuquiera tiempo pasado fue mejor” para el memorialista el ayer es un polvoriento y caótico almacén de ocasiones truncadas y evocarlas es dilucidar cosas turbias, limpiar telarañas, pasar revista a la mezquindad y la envidia de los coetáneos, denunciar la ceguera política y tozudez de los enemigos. En suma, sacar a la vergüenza la ruindad e incompreensión de los demás. Ya en plena palestra vindicativa, con obstinación machacona convierte su autodefensa en apología, luego en un traslado mecánico de culpas y por

fin, en el más puro modo maniqueo, ante los males y desgracias causadas por errores ajenos queda en solitario frente al mundo como el hombre justo, el varón bíblico que hubiera podido salvar a la ciudad. *Omnia vánitas*. Pero quizá a las mentes de un lector neutral, es decir, un lector de otra época, acuda más bien aquello de *Satisfactio non petita* ...

Es labor demasiado simple espigar en nuestros memorialistas del XIX pasajes que apoyan lo dicho. Aún con olvido absoluto de las constantes invectivas contra personas concretas, flora mefítica que envenena casi cada página de las memorias político-militares, aquellos alegatos de la hora undécima y aquellas quejas tardonas se contagian de la opacidad y el desaliento que acompañan a las causas en derrota. Si se ha hablado de una leyenda ne-

rrota del erario nacional, bajo la máscara de reformas financieras ... ruinas y más ruinas” (MODESTO BASADRE). “Aquí no hay legitimistas ni conservadores ni radicales. Nada se mueve por principios. Lo que hay es caídos y levantados, crímenes para levantarse, crímenes para no caer. Todo es pretexto y engaños” (MENDIBURU).

“... ninguno de los que han llegado al mando del Perú, sea por la puerta, sea saltando las bardas, ninguno, decimos, ha pretendido gobernar para sí y por sí. Real o fingidamente han solicitado el voto popular y ninguno ... [ha] pretendido que los efectos del mandato fuesen para sí o sus familias. Han sido incansables en declarar que quieren gobernar para hacernos felices” (TÁVARA). Etcétera

No lleva a puerto seguro enhilar más cuentas en un rosario de quejumbres. Ni vale, frente a esas verdades de Perogrullo, decir que en todo tiempo y lugar se cuecen habas. Nuestros memorialistas, atrabiliarios y sañudos, ganados por el pesimismo y la acedia, exagerados en sus incriminaciones, a ratos lacrimosos y casi protestones de oficio, nos hacen ver que algo más hondo estuvo en juego: la disolución paulatina de los ideales libertarios, el desánimo por el fracaso de una empresa colectiva, la desazón ante una realidad caprichosa que se burlaba de las teorías, la amargura final de no haber podido construir el país con que soñaron el arrebató y el frenesí de los fundadores de la república. ¿Acaso el mismo Libertador, poco antes de morir en Santa Marta jaqueado por la ingratitud, la proscrición política, la enfermedad y la miseria, no sintió que había arado en el mar?

Revolución traicionada debió parecer en aquellos días una que ofreció tanto y consiguió tan poco. Revolución inconclusa nos parece hoy aquella hazañosa gesta política que, pese a todo, nunca llegó a ser una revolución social. “El primer capítulo de toda revolución es el del entusiasmo”, escribió O’Leary. Los memorialistas nos hacen ver que la generación de la independencia sintió, en carne viva, que el último capítulo era la desilusión. ■